

LA CESTA DE MOISÉS
ENTRE LAS SIETE BOCAS DEL NILO,

Ó SEA

AVISOS SALUDABLES Á LOS JÓVENES,

para preservarse de los peligros del siglo.

PRÓLOGO.

Muy apreciado hijo en Jesucristo: tal vez tendrás presente aquel pasaje del divino libro del Exodo, donde se lee, que viendo Faraon, rey de Egipto, la muchedumbre y valentía de los hijos de Israel, trató de oprimirlos y exterminarlos. Destinó al efecto sobrestantes, llamados en el texto maestros de obras, que los afligiesen á fuerza de insoportables fatigas. No saliéndole bien este plan, porque cuanto mas era oprimido el pueblo de Dios, tanto mas se multiplicaba; echó mano de un medio todavía mas inicuo, mandando á las comadres, ó mujeres que por oficio asistían á las hebreas en sus partos, que matasen á los niños recién nacidos. Tampoco correspondió el resultado á sus depravados designios, porque compasivas aquellas, supieron frustrar la ejecucion de tan bárbara medida. Manda por último que sean los infantes arrojados al rio: nace el hermoso hijo

de Jacobed; se le tiene escondido por algun tiempo, hasta que hubo de seguir tambien la suerte de los demás. Es echado al rio; pero con la caudela de prevenirle una cesta bien embetunada, para que, metido en ella, no se ahogue; su hermana le observará, y le conseguirá la singular dicha de ver librado de las aguas al precioso niño, que por eso ha de tener el nombre de *Moisés*.

En igual caso nos hallamos, hijo mio: el demonio, Faraon infernal, viendo la valentía y las virtudes de los hijos de Dios por gracia, que son los cristianos, intenta oprimirlos y exterminarlos; á este fin concita contra ellos el encono de los tiranos y herejes, maestros de la maldad, pero ha visto que cuanto mayor era el número de las víctimas sacrificadas al furor de los perseguidores, el pueblo católico, al modo del trigo sembrado, tanto mas se multiplicaba. Tantea el enemigo otro medio: instiga y mueve no á las comadres, pues estas tal vez como las de los hebreos serian compasivas; sino á los mismos padres y madres, para que ahoguen á sus hijos con maldiciones, reniegos, blasfemias y escándalos: y si algunos se libran de la desgracia de ser así ahogados por tener buenos padres, ¡ay de mí! que no será posible mantenerlos siempre á tan benéfica sombra; les será preciso salir de su casa para buscar fortuna en una ú otra carrera, y expuestos entonces á la corriente del vicio, serán sumergidos por el ejemplo de los malos compañeros en las encrespadas olas de las pasiones y pecados.

No hay remedio, hijo mio, tú tienes que seguir la misma suerte, has de ser echado á ese grande y profundo Nilo del mundo: hé aquí por qué he

pensado tejer esta cesta de mimbres y juncos de saludables avisos: te embarcaré en ella, te observaré, y me lisonjeo con la dulce esperanza de verte libre de la impetuosa corriente de iniquidad que arrebatá á la juventud incauta, hasta hundirla en el abismo de la perdicion temporal y eterna.

CESTA

tejida de mimbres y juncos de saludables y espirituales avisos, calafateada con el impenetrable preservativo de las virtudes cristianas.

1. Debes saber, hijo mio, que siendo propio de la criatura racional obrar por algun fin, todo cuanto hagas, digas y pienses has de dirigirlo á la mayor gloria de Dios; así le amarás y servirás con fidelidad en este mundo, y alcanzarás despues la bienaventuranza, que consiste en verle, alabarle y gozarle por toda la eternidad: hé aquí el verdadero y último fin para el cual has sido criado y á donde debes encaminar todas tus operaciones: todas las otras cosas debes considerarlas como medios que el Señor te ha dado para conseguirle. Y así como te causaria risa y lástima el ver á una gente andar con la cabeza abajo y los piés arriba, mucho mas debes lastimarte de aquellos hombres que han dado en la demencia de poner abajo la cabeza de su fin, colocando arriba los piés de los medios. Aunque es infinito el número de estos necios, no seas tú uno de ellos: piensa que tu fin es amar y servir á Dios, no el salir un gran letrado, un rico comerciante,

un famoso militar; ni vestir, comer y beber bien, ó vivir á tus anchuras; tu fin es mas noble, no eres criado para ser esclavo de tu cuerpo, como de sí mismo decia Séneca: *Ad altiora natus sum, quam ut sim mancipium corporis mei.*

2. ¿No ves como el Criador á todas las cosas las ha dado ley, y estas inviolablemente la observan? Mira como los cuerpos graves guardan la de ir al centro, el fuego la de quemar, el agua la de mojar, etc. Así tambien al hombre le ha dictado una ley, que se llama *Decálogo* por el número de los diez mandamientos que contiene; pero como á criatura noble, noblemente le trata en la imposicion de esta ley; le deja en la libertad no solo de coaccion, sino tambien de indiferencia ó de necesidad, como dicen los teólogos: esto es, de hacer el bien ó dejar de hacerlo, de obrar bien ó de obrar mal, abusando de la misma libertad; para que así se vea claramente su fidelidad y amor, y merezca el premio y la corona prometida; mientras al contrario, si por un abuso de la libertad dice á este mismo Criador: *Non serviam*, no quiero servirte ni guardar tus preceptos; entonces se hace digno de castigo, y de castigo infinito, por haber despreciado á un Dios infinito.

3. Por tanto, hijo mio, si no quieres ser menos que los brutos, menos que las plantas, y aun menos que las piedras, cumple la ley que el Criador te ha dado; mira que de no observarla, incurririas en la feísima nota de ingrato para con Dios; pero con su exacto cumplimiento le darás una prueba de amor y fidelidad, cuya recompensa será la eterna bienaventuranza. Tal es el ca-

mino que traza el mismo Dios humanado en su santo Evangelio con aquellas palabras que dijo á un jóven que le preguntaba, qué debia hacer para entrar en la vida eterna: Guarda los mandamientos, le respondió: *Si autem vis ad vitam ingredi, serva mandata.*

4. Piensa que el mismo Dios, juez justísimo y rectísimo, que te ha de pedir cuenta hasta de una palabra ociosa, te está mirando: á la vista de los hombres podrás ocultarte, pero no á los ojos de aquel Ser inmenso que todo lo ve, todo lo sabe. Este Dios vendrá á juzgarte en la hora que menos pienses, y te dirá: *Redde rationem villicationis tue*, dame cuenta de tu mayordomía. Por una parte verás en aquel tribunal todos los beneficios que el Señor te ha hecho, de creacion, redencion, vocacion á la fe, Sacramentos y demás gracias; por otra verás tu buena ó mala correspondencia: si has correspondido bien guardando sus preceptos, dichoso tú y bien librado; mas si en vez de someterte al ligero y suave yugo de la ley, le has sacudido con altivez y soberbia, ¡ay de tí!

5. Ea, pues, aprovecha el tiempo que te concede el Señor para el negocio mas importante, la salvacion de tu alma: ¿de qué te servirá ganar todo el mundo, si la pierdes? Créeme, hijo mio dilectísimo, emplea todos los momentos de tu vida en el desempeño de tus esenciales obligaciones, sé piadoso para con Dios, caritativo para con el prójimo, prudente y sábio para contigo mismo.

6. Sé piadoso para con Dios: él es nuestro Padre, nuestro Señor, y por lo mismo le debe-

mos amor, obediencia y obsequio. Para cumplir con tan sagrada obligacion todos los dias harás los ejercicios de cristiano por la mañana y noche; si bien te parece, puedes hacer los que se hallan al fin de este tomo. Como son tan breves, tal vez podrás añadir media hora ó un cuartito de oracion mental, y si fuere posible, todos los dias oirás la santa misa.

7. En todos los domingos asistirás á las funciones de la Iglesia, y siéndote muy útil y provechoso el ser individuo de alguna congregacion piadosa, cuando hayas logrado tan dichosa suerte, nunca jamás faltes á sus santos ejercicios.

8. En todos los dias, á lo menos en los domingos, procurarás tener lectura espiritual, valiéndote de vidas de Santos, ó del libro de oro titulado: *Instruccion de la juventud*, ó del que te señale tu director.

9. Cada mes recibirás los santos Sacramentos, ó cuando menos en las festividades principales de Jesús y de María santísima. Y si alguna vez (lo que Dios no permita) cayeres en pecado mortal, confésate pronto, pronto; que así como no tendrias reposo si inconsideradamente hubieses tragado algun veneno, sino que procurarias arrojarlo con prontitud; con mayor diligencia debes confesar ó echar de tí los pecados, que son el mortal veneno del alma. Si, hijo mio, confésate pronto y confésate bien, sin dejarte engañar de aquel demonio mudo, que suele atar la lengua á los jóvenes, haciendo que por vergüenza callen los pecados, ó disminuyan su gravedad ó su número. Dios te libre de tan horrible sacrilegio, que redoblaria las cadenas con que es-

tabas amarrado como vil esclavo del tirano infernal.

10. Imita las virtudes de Jesús, especialmente la mansedumbre y la humildad, que así hallarás, como te promete él mismo, el sosiego de tu alma. Sé, pues, manso, sufriendo con paciencia no solo á las personas, sus contradicciones é impertinencias, sino tambien tus trabajos y contratiempos y hasta tus propios defectos. Cuando te sientas airado, no hables; porque tus palabras, como dictadas por la pasion y no por la razon, te serian despues motivo de pecar y arrepentimiento. Levanta tu corazon á Jesús; contéplale entregado al furor de los judfos, obsérvale en medio de los tormentos de su pasion, y le verás un mansísimo cordero que no abre la boca para quejarse de tantas penas, crueldades, injusticias é ingraticudes. Si así lo haces, hijo mio, nunca tendré el disgusto de verte arrebatado de aquel maldito vicio de blasfemar y renegar; vicio vil, vicio execrable, vicio de demonios; entre cuyos excesos ya te contaria por condenado, y te diria: *Loquela tua manifestum te facit*, tu modo de hablar ya manifiesta lo que eres. Sé tambien humilde de corazon y no de palabra solamente; ama la abyeccion ó los puestos y oficios que te humillen: mira á Jesús en todos los instantes y operaciones de su vida, y le hallarás humilde en el pesebre, en toda su vida humildísimo, y en la muerte lo fue tanto, que, como dice san Pablo: *Se humilló á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.*

11. Por lo mas santo y sagrado que hay sobre el cielo y la tierra te pido y suplico que seas

devotísimo de la santísima Virgen; y te aseguro que si tomas este aviso, ya te saludo por feliz y bienaventurado; porque ella es el arca mística de Noé, y así como ninguno de los que entraron en el arca de aquel gran patriarca se perdió en el diluvio, así tampoco perecerás tú en el diluvio de los vicios, ni en el grande Nilo del mundo donde vas á ser echado, si tienes la dichosísima suerte de embarcarte en el navio de su verdadera devocion. Es la devocion á María una señal de predestinacion, como dicen los Padres san Juan Damasceno, san Anselmo y san Pedro Damiano. Y cuando Dios la concede á alguno, es dispensarle una misericordia tan grande, que casi se puede llamar la mayor, segun expresion del V. Ricardo de San Lorenzo: porque en efecto con ella vienen todas las otras gracias. Pídelas incesantemente á Dios, y procúratela por cuantos medios te sea posible, como leyendo libros que traten de ella, v. gr., las *Glorias de María*, el *Anuario de María*, etc., etc. Con la lectura de las vidas de los Santos que le fueron mas devotos, v. g.: santo Domingo, san Buenaventura, san Bernardo, san Luis Gonzaga, etc., aprenderás tambien el modo de amarla, servirla y obsequiarla. Si de veras la amas, será tu amor no solo de lengua, sino de obra y de verdad. De lengua: rezándole todos los dias el santo Rosario, el Ave María al dar las horas el reloj, y repitiendo esta salutacion angelica tres veces al amanecer y al anochecer, para pedirle su santa bendiccion como un buen hijo á su estimada madre. De obra: ofreciéndola actos de virtudes y recepcion de los santos Sacramentos. De verdad: cuando en honra suya te pri-

ves de mirar, de hablar, de comer, de salir de casa, etc. ¡Oh cuánto gustan á la santísima Virgen estos pequeños sacrificios!

12. Imita al propio tiempo sus virtudes predilectas, que son la humildad, la pureza y la caridad, no dejando pasar dia ni ocasion alguna sin ejercitarte en ellas por amor de María. ¿Quieres, por ejemplo, practicar la humildad? No hagas ni digas ninguna cosa para que te alaben: si fueres elogiado, atribúyelo todo á Dios, como la misma Virgen lo hacia, cuando oyó las alabanzas con que la felicitaba santa Isabel; y entre tanto procura mudar la conversacion, alejando con pres-teza todo pensamiento de vanidad y soberbia. Viste y come con sencillez, sin quejarte de la comida y vestido como quiera que sea. Escoge los puestos mas bajos, y ocúpate en los oficios mas humildes como siervo de tu prójimo. Cuando seas burlado, despreciado, perseguido, calla, sufre y alégrate de la grande recompensa que te espera en el cielo; y dirás entre tanto: *Sea por amor de Dios: mas padecieron Jesús y María por mí: mas merecen mis pecados.*

13. Siendo verdaderamente humilde, serás casto; que si muchos perdieron esta angelical virtud, y se hallan sumergidos en el cenagoso pié-lago de la impureza, es porque les faltó el lastre de la humildad. Si eres humilde, acudirás á Dios y á la santísima Virgen, y obtendrás la gracia necesaria para el triunfo en los combates. Si eres humilde, huirás los peligros, y sabemos que en esta guerra los cobardes ó los que huyen son los que vencen. Huye, pues, los peligros, mayormente los que provienen de personas de diferen-

te sexo: los primeros estímulos de la tentacion apártalos al instante, del mismo modo que si sin advertirlo te hubiesen echado ascuas encima, las sacudirias á toda prisa: invoca entre tanto los dulcísimos nombres de Jesús y de María.

14. Pero ¿quieres calmar los ardores de la concupiscencia de la carne? Arde en el fuego del amor divino, y te prometo que lograrás sofocarlos; pues como dice san Gregorio, á proporcion que crece y se levanta la llama del divino amor, se disminuye el ardimiento de la carne, de modo que se pueden comparar estos dos fuegos á los dos platos de una balanza, que cuanto mas sube el uno, baja el otro. Ama á Dios y á malé cuanto puedas; ama tambien á la santísima Virgen, ya que ella primero nos ha amado; ella es nuestra madre y madre del amor hermoso: ¡ay cuánto nos ama esta buena Madre!... Finalmente por amor de Dios y de la Virgen Madre ama á tu prójimo como á tí mismo; que en la observancia de los dos preceptos de la caridad cristiana se encierran todos los Profetas, leyes y avisos espirituales entretejidos en la cesta que necesitas para pasar el anchuroso Nilo del mundo. Embarcado en ella, te librarás de los remolinos de las aguas, cual otro Moisés, para ser como él elevado á grande fortuna ó á lo que mas te convenga en esta tierra de Egipto, y conseguir despues la mayor, la única verdadera felicidad en la tierra prometida, que es el puerto de la eterna gloria.

GRANDE NILO DEL MUNDO,

que por siete bocas se precipita en el abismo de la perdicion temporal y eterna.

Del principal piloto de Eneas en su navegacion de las costas de Cartago á Italia, cuenta el Poeta, que le agarró el dios del sueño, y le precipitó en el mar: es decir, fiado Palinuro en lo sereno del cielo y en lo apacible del piélagos, se durmió, y cayendo de cabeza en las olas, quedó en ellas sepultado.

O nimium caelo et pelago confise sereno,
Nudus in ignota, Palinure, jacebis arena.

¿Y qué seria de tí, hijo mio dilectísimo, si atravesando con la navicilla de la cesta espiritual el vasto Nilo del mundo, te durmieses tambien sin cuidado de los peligros que te rodean, ó ufano con la felicidad del viaje saltases incauto de la barquilla, para entregarte á merced de las olas y de los vientos? A fin de librarte de tan imprudente descuido, no menos que de presuncion tan temeraria, quiero dejarte dibujados en la misma cesta los muchos y traidores escollos en que fácilmente podrias estrellarte, y las hondas hoyas en que quedarias sepultado para siempre, si por un momento dejases el sagrado de la cestilla. Así espero, que fijos tus ojos en el retrato de tamaños peligros, te estarás en ella quedito y agarrado con ambas manos, como quien vela y gime, y tiembla

de espanto. Bien, cual tierna y apasionada madre, que deseosa de alejar á su querido hijo del riesgo de despeñarse, le hace ver cuán escarpado y profundo es el despeñadero; así para preservarte del naufragio en ese Nilo del mundo, te mostraré la enormidad de sus precipicios y la profundidad de sus tragaderos en un bosquejo copiado de aquel caudaloso Nilo que baña el Egipto y que engullia los niños de los hebreos. Es este un rio tan grande, que desagua en el mar por siete bocas, cada una de las cuales es tan ancha, que segun la expresion de Séneca, mar y no boca debia llamarse: *Quamcumque acceperis ex vis mare est*: lo mismo te digo, hijo mio, del ancho Nilo del mundo: se precipita en el abismo de la perdicion temporal y eterna por siete bocas tan dilatadas y profundas, que con toda propiedad pudieran llamarse otros tantos abismos de perdicion; tan inmenso es el número de los infelices que en ellos naufragan cada dia, como lo verás en la sucinta descripcion que de cada una voy á hacerte para mayor adorno, utilidad y complemento de la cestilla.

BOCA PRIMERA.

Malos compañeros.

1. *Diverte à malo et fac bonum*: apártate del mal y obra el bien. Si, hijo mio, ahora que eres jóven importa mas que nunca que huyas de lo malo, conforme al consejo del Espiritu Santo que dice: *Como de la vista de la serpiente apártate y huye de los pecados*. Mira que si te acercas á ellos te morderán, porque sus dientes son como de leon

que matan á las almas; mejor diré, cada pecado es una espada de dos filos que con un solo golpe hace dos heridas, una al alma y otra al cuerpo, y lo peor es que son heridas casi incurables, mayormente en los jóvenes, segun aquella expresion del libro de Job: *Los huesos del malvado serán llenos de los vicios de su juventud, y estos le seguirán hasta la sepultura*. Porque en los tiernos ánimos como en blanda cera se imprime mas el sello de la maldad, y cuanto mas profundamente impreso, mas se conserva; y aun la sola circunstancia de ser el primero, lo hace mas permanente, al modo que la lana retiene siempre el primer tinte que se le dió. ¡Ob cuán dificilmente se corrigen los que han sido viciosos en la juventud! Dígalo san Agustin y otros; pero lo mas comun es que no se corrigen jamás, como lo vemos en Ocozias, Acaz, Amon, Joakim, Jeconías y otros que trae la sagrada Historia, que habiendo sido malos en los primeros años de su vida, léjos de enmendarse, dejaron marcada con la impenitencia final su perdicion.

2. Por eso el demonio procura en la tierna edad atacar á los hombres, ganarlos y sujetarlos bajo su tiranía, sabiendo por experiencia que los que tan temprano puede conquistar nunca jamás ó con mucha dificultad se le escapan de sus garras. Mueve al efecto todos los resortes que le sugiere su malicia infernal. Uno de los medios mas poderosos que ha hallado este astuto enemigo para seducir á la incauta juventud, son las malas compañías: de ellas se vale como el industrioso cazador, que para coger los pajarillos procura tener algunos de la misma especie que intenta co-

ger; v. gr., jilgueros, pinzones, pardillos, etc. Dueño de estos en las jaulas, les quita los ojos, para que canten mejor; y así enjaulados y ciegos los trae al lugar á propósito para cazar: ¡y qué bien le salen sus trazas! ¡á cuántos coge! ¡á cuántos enjaula y ciega! ¡á cuántos mata inmediatamente! Hé aquí como el demonio, sagacísimo cazador de los hombres, procura tener algunos de la misma especie ó clase que intenta coger, pero especialmente jóvenes; aprisionados estos en la jaula de los vicios, cegados con el fuego de las pasiones y colocados en las calles, casas y corrillos como lugares propios para seducir á la juventud, cantan ó hablan su lenguaje, diciendo: *Venite ergo et fruamur bonis... vino pretioso et unguentis nos impleamus... coronemus nos rosis... nullum pratum sit quod non pertranseat luxuria nostra. Nemo nostrum exsors sit luxuriæ nostræ; ubique relinquamus signa lætitiæ; quoniam hæc est pars nostra et hæc est sors.* (Sap. II del v. 6 hasta el 9). Venid con nosotros, camaradas, gocemos de los bienes presentes; vengán platos regalados, vengán copas de licores y vinos generosos, hasta hartarnos y embriagarnos; vistámonos de telas, sedas y paños finos á la última moda; coronémonos de rosas; desahoguemos á rienda suelta nuestra lujuria con toda clase de excesos.

3. Así hablan, así cantan esos pájaros del demonio, para prender las inocentes avecillas, quiero decir, aquellos cándidos y castos jóvenes, que de Angeles de Dios se verán convertidos en feos y asquerosos demonios, segun la expresion de san Ambrosio: *Qui castitatem servavit, angelus est; qui autem perdidit, diabolus.* Y así como los pájaros

del cazador si observan que los pájaros libres revolotean, y por algun temor ó recelo no quieren echarse en las redes, redoblan sus cantos persuasivos; no de otra suerte, cuando algunos virginales jóvenes rehusan lanzarse en los lazos de la impureza, porque temen á Dios y no le quieren ofender, no sea que les castigue con el infierno: entonces para disipar este temor, los malditos pájaros del demonio redoblan sus cantos, hacen alarde de sus maldades, profieren millares de herejías diciendo: Eso no es pecado, eso es natural, es un desahogo de la naturaleza; á lo mas será una fragilidad sensual. Si aun no pueden vencer la resistencia del inocente jóven, se arrojan á llamarle fanático, mentecato, apocado, tonto, insensato... déjate de escrúpulos, concluyen, déjate de Dios y de los temores del infierno; ¿quién ha vuelto de allá? De la nada salimos, á la nada hemos de volver: cuerpo y alma todo se desvanece como el aire sutil. Tanto cantan, tanto charlan, tanto instan, que finalmente se rinden y caen en el lazo hasta los mas robustos en la virtud. ¡Ay infelices jovencitos! Ya habeis caído en la celada; sabeis el dia en que os habeis precipitado, pero ignorais el dia en que os levantaréis: al principio los remordimientos de vuestra conciencia serán una espada que os penetrará las entrañas en medio de los mismos brutales deleites: pero los filos de esta espada se irán embotando con la repetición de los actos, de tal suerte que al cabo apenas herirán; entonces descansaréis con placer en el mal; el placer producirá la costumbre, y de la costumbre nacerá casi la necesidad de pecar y de morir en el pecado. ¿No veis los

pájaros que incautos se han dejado coger y enjaular? Al principio ¡qué alborotos! ¡qué temores! pero no tardan mucho en comer y beber en la jaula, se van habituando á la falta de libertad, se sosiegan, se familiarizan, viven y mueren en la dulce prision.

4. Ea pues, hijo mio, retírate, retírate, sal de en medio de los pecadores, no toques las cosas inmundas. Huye de en medio de Babilonia, y piensa en salvar tu alma; atiende á las voces del Espíritu Santo que te está clamando: *Hijo mio, si los malos procuran atraerte á sí con halagos, guárdate bien de escucharlos. Si te dijeren, ven con nosotros, hazte de nuestro bando; ¡oh hijo mio! no vayas con ellos; retira prontamente tu pié de sus caminos. Sus piés corren al mal, y se apresuran en buscar la muerte.* Hijo mio, por Dios te pido que huyas de tan dañosa compañía, no escuches las malas conversaciones que, como asegura el Apóstol, corrompen las buenas costumbres. Por esto dijo el Sábio: *El que toca la pez, se ensuciará las manos, y el que conversa con el soberbio, contraerá la soberbia.* Si escuchas las palabras de los necios, y te haces su amigo, ya te lloro por perdido, porque su mal ejemplo tendrá sobre tu corazón tal fuerza que no podrás resistir, y te hallarás en estado de lamentarte cual otro Agustín: ¡Oh amistad demasiado enemiga del bien de los amigos! ¡oh ceguedad del entendimiento, que haces seguir el mal por la sola imitacion y por complacer á otros, cuando dicen, vamos, hagamos, y se tiene vergüenza de no ser desvergonzado!

5. Y para que veas, amado mio, que cuanto

te digo de las malas compañías no son ponderaciones de una fantasia exaltada, sino la pura verdad desnuda, voy á referirte á la letra lo que de sí mismo cuenta el citado Padre de la Iglesia. *Iba, dice, precipitándome en el vicio con tanta ceguedad, que entre los de mi edad tenia yo vergüenza de ser menos malo que ellos, cuando les oia que se jactaban de sus pecados, y que tanto mas se gloriaban cuanto mas viciosos eran. Y deseaba hacer el mal, no solo por el deleite de la misma accion, sino por el deseo de ser alabado. ¿Qué cosa hay en este mundo mas vituperable que el vicio? Sin embargo, yo queria ser mas vicioso, para no ser vituperado. Y cuando en mí no hallaba de qué parecer tan malo como los mas depravados, fingia pecados que no habia cometido, á fin de no ser tanto mas despreciable, quanto mas inocente pareciese, y tenido por mas vil, quanto pareciese mas casto. Estos eran los compañeros con quienes caminaba por esta desventurada Babilonia (esto es, por la mala vida de mi juventud), en cuyas hediondeces me revolcaba como en fragantes olores y en unguentos preciosos.*

6. Mira á qué estado tan lamentable redujeron las malas compañías á un Agustino, y te reducirán á tí si tienes la desgracia de caer en sus manos; créeme, hijo mio, huye de ellos como de ladrones, que ladrones llama san Bernardo á los malos compañeros. A la verdad cuando veo á un infante que acaba de ser lavado con las aguas del Bautismo, y enriquecido con las virtudes y dones del Espíritu Santo; cuando reflexiono que á proporcion que vaya creciendo, andará su camino en este valle de lágrimas, angustias y miserias; me sorprende un cierto temor, y digo dentro de

mí mismo: ¿quién sabe si á este infantito que acaba de salir de la noble Jerusalem, quiero decir de la santa Iglesia, y que va á emprender el viaje de Jericó de este mundo, quién sabe si le sucederá la misma desgracia que á aquel infeliz de quien nos habla el Evangelio? Era un hombre, dice el evangelista san Lucas, que bajaba de Jerusalem á Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le robaron, le despojaron, le llenaron de heridas, y le dejaron medio muerto. ¿Si será que acontezca lo mismo á alguno de estos niños inocentes? cada uno va creciendo en cuerpo y alma, en virtudes y méritos, ¡oh! ¡y cómo se va enriqueciendo en dones celestiales!... ¡Ay de mí! ¡qué es lo que veo!... Salen ladrones por el camino de este mundo... le acometen los malos compañeros... ya le tienen en sus manos... le inducen al pecado, y así le roban el tesoro de todos sus méritos y aun de la gracia bautismal: le han despojado de todas las virtudes. Ya no es piadoso para con Dios: ya no se acuerda de los santos Sacramentos. Rasgado el manto de la santa devoción á la Virgen santísima, á los Angeles y á los Santos, ¿dónde está la compostura y reverencia con que antes asistía á los templos? Ahora todo son risas, bufonadas, malas palabras mezcladas con mil acciones indignas de un cristiano. ¡Ay infeliz! ¿cómo has quedado!... ¿qué se han hecho los sentimientos de humanidad y gratitud para con tus padres, á quienes antes tanto amabas, respetabas y obedecías? ¡Ah! todo, todo lo bueno te han robado esos malditos ladrones, y lo peor es que te han dejado lleno de heridas: ¡Qué profundas son las llagas de tus odios

y rencores! ¡qué postema la de la envidia! ¡qué hinchazon la de la soberbia, arrogancia y altanería! ¡qué fiebre la de la codicia, que te hace usurpador de los bienes de tu casa y aun de los de afuera! ¡qué lepra la de la lujuria! Apestas con solo el aliento y te complaces en el contagio que comunicas á tus vecinos. No hablaré de tus desafueros, cuando por una nonada montas en cólera, ni de tus bromas ni comilonas con que representas la imágen del Epulon del Evangelio en los cafés, fondas y juegos. De tu pereza para lo bueno ¿qué podré decir? Ya se sabe que quien ha gustado la engañosa miel de los vicios, todas las cosas, por buenas que sean, las halla desabridas; y corriendo imperceptible y precipitadamente á la muerte, exclamará al fin cual otro Jonatás: *Paululum mellis gustavi, et ecce morior*. Es aquella miel un veneno que si no mata al cuerpo mata al alma, que es la mitad y la parte mas noble del hombre; y así le deja medio vivo, medio muerto, *semivivo relicto*, como á aquel pobrecito caminante de Jericó.

BOCA SEGUNDA.

Malos libros.

1. No ha perdonado medio alguno el demonio para la perdición de las almas. El sabe lo que dice san Agustin, que lo que la lengua profiere, fácilmente pasa y se olvida; pero lo que se escribe, permanece. Por eso se vale de periódicos ó de libritos bien encuadernados, adornados de láminas provocativas, que esparcidos bajo el título de novelas, revistas, aventuras, viajes, folleti-

nes, memorias, etc., encantan á los lectores con su estilo halagüeño y atractivo: por medio de ellos ya directa, ya indirectamente, ataca los augustos misterios de la fe, la divinidad de la religion católica, la autenticidad de la sagrada Escritura y la tradicion: con sus malignos chistes y sarcasmos ridiculiza los santos Sacramentos, bramando de encono y rabia contra la cabeza visible y centro de la Iglesia el Sumo Pontífice. Ni para aquí la malicia que por este conducto vomita el infierno; se finge en tales libros que no hay Dios, ó que si le hay, no tiene providencia ni cuidado de nosotros: se niega la inmortalidad del alma, se pretende que los hombres vivan como las bestias, reinando los sentidos sobre las ruinas de la razon y de la Religion. Su lenguaje de tal modo halaga las pasiones, tan blandamente conduce al deleite carnal, que sin advertirlo el lector se halla impio é inmoral á un tiempo.

2. ¡Ay, hijo mio, si supieras los grandes estragos que hacen esos malditos libros! Ven por vida tuya, que como por la mano te llevaré por la gran Babilonia de este mundo, y tus ojos verán tales cosas; que mi pluma no tiene valor para escribirlas, ni mi lengua palabras para explicarlas. ¿Ves aquel jóven cándido, inocente, amable, bien adoctrinado, obediente, consuelo y gloria de sus padres? ¡mira qué desgracia la suya! Tropieza con uno de esos ponzoñosos libritos: la curiosidad le convida á leer; al principio se estremece; el deseo de saber le insta, diciendo que aun lo malo es bueno saberlo, no para seguirlo sino para evitarlo: el estilo le encanta, le seduce; ya toma aficion á tal lectura, ya

se enardece, el calor pasa á las venas... le bulle la sangre; el pobre se abrasa, se derrite en deliquios del impuro amor... ¡Qué abominables fantasmas asaltan á su imaginacion! ¡qué deseos! ¡qué delirios! Su pecho es una mina que por momentos va á reventar, y á echar por tierra los muros del pudor, del deber, de la conciencia...

3. ¡Infeliz mancebo! Al tremendo impulso de la explosion que amenaza ¿á dónde irás á parar? ¡Ay de mí! Voló la mina, y caido el mozo, se horroriza de sí mismo; pero dura poco aquel horror para preservarle de segunda y tercera caida, porque está escrito que un abismo llama á otro abismo: *Abysus abyssum invocat*. Contraido el hábito vicioso, se va arraigando de dia en dia, y la pasion se vuelve furiosa é indómita hasta precipitarse en un abismo de desórdenes. Continúa el jóven la lectura, y si antes le amedrentaban las amenazas de la Religion y los gritos de su propia conciencia, trocado ahora el temor en un desprecio formal, sin haberlo advertido ni soñado se halla escéptico, panteista y materialista, por no decir ateista. Nivelando su conducta con la estupidez de los jumentos que no tienen entendimiento, quiere vivir á su antojo sin sujecion alguna á Dios, ni á los padres, ni á otros superiores. No tiene amor á sus iguales, antes bien todo lo sacrifica á sus brutales pasiones, echándose sobre las inocentes víctimas, como un lobo sobre las mansas ovejas. ¡Qué lástima! ¡qué desgracias! ¡qué frutos tan venenosos del árbol vedado de malos libros! Créeme, hijo mio, arrójalos de tus manos, no quieras ocultar en tu seno una serpiente que te morderia: para que no te empon-

zoñen á tí ni á otra persona alguna arrójalos al fuego, al modo que mandó quemar los libros de Arrio el santo concilio general Niceno I. Son obras del demonio, y como á tales es muy conforme condenarlas á las llamas, ya que su autor estará ardiendo en las del infierno. Así lo enseñaron con su ejemplo los de Éfeso, cuando, dóciles á las instrucciones de san Pablo, quemaron en pública hoguera una multitud de libros supersticiosos, cuyo precio importaba 50,000 dineros, que reducidos á nuestra moneda suben al valor de 140,000 reales vellon.

4. Aquí nota san Agustin que adoctrinados los fieles por tan grande maestro y doctor, cual es el Apóstol de las gentes, siempre desde entonces han practicado lo mismo: así es que jamás se admitia filósofo alguno pagano al Catolicismo, que primero no quemase sus erróneos escritos, como se lee del grande Cipriano y de otros. Y con mucha razon; porque un libro, segun san Basilio, *est cibus animarum*, es comida de las almas, en las cuales produce en cierto modo los mismos efectos que la comida material en los cuerpos. Ahora bien, si la comida es nociva ó ponzoñosa, ¿cuán funestos nos serán sus efectos? Ella se convertirá en carne y sangre; y de aquí ¡qué trastorno en los humores! ¡qué terrible hueste de todo género de enfermedades!... Y dime, ¿no será mayor el desórden de las pasiones que nacerá de la venenosa comida de malos libros? ¡qué errores!... qué obscenidades!... ¡qué desafíos y suicidios!... ¡qué!... A buen seguro que hasta los mismos gentiles conocieron muy bien tan funestos resultados. Basta saludar los umbra-

les de su historia: aquí veremos á los atenienses desterrando á Protágoras, y quemando sus escritos; allí condenadas á las llamas en toda la Grecia las sacrilegas y licenciosas obras de los epicúreos; aquí á los romanos despedazando las obras de Numa; allí los decretos de aquella famosa República proscribiendo los malos libros, y reducidos á cenizas por órden de Augusto dos mil volúmenes, mientras lloraba su desventura en durísimo destierro el atrevido autor del deshonesto poema de *Arte amandi*.

5. Y en vista de tales ejemplos, ¿habrá entre cristianos quien pueda alabar y recomendar la lectura de obras infames? Apóyese en cualquier pretexto: una píldora, por mas dorada que esté por defuera, tiene y lleva siempre dentro la amargura. Dígase que en tales escritos se ve la invencion de ingenio; que se aprende el buen estilo; demos que sea así. Mas ¡ay! que tras esto se sigue el desarrollo de las pasiones mas viles; se halla aquí el taller de las maldades mas enormes, el semillero de todas las infamias; y lo que se aprende es mas el mal obrar, que el bien hablar. Un mal libro para ó puede parar en manos de todos, de un vulgo ignorante incapaz de examinarlo á fondo; y una luz demasiadamente viva puesta delante de unos ojos débiles y enfermos, no hace otra cosa que quitarles aquella poca vista que les queda. Foméntese en buen hora el buen gusto; ¿por ventura no abundan en todos ramos obras clásicas y puras de estilo floridísimo? Y aun cuando faltasen estas, ¿estaria puesto en razon que por una cosa tan accidental, cual es la belleza del lenguaje, se pierda lo sustancial, lo úni-

co necesario, que es la salud del alma? ¡el cielo!

6. Hijo, sé sóbrio y vigila: mira que el maligno hará todo lo posible para que caigas en el lazo de la lectura perniciosa: tal vez te embestirá por el flanco de la vanidad y soberbia, lisonjeando tu amor propio con la falsa idea de que tú ya puedes leerlo todo, porque eres hombre de luces, de discrecion y de virtud tan sólida que nada tienes que temer. A tales sugerencias no respondas sino: *Vade retro, Satana*: retírate, Satanás: teniendo presente que Dios, á los soberbios que temerariamente aman el peligro, los abandona, y así caen miserablemente en el pecado. Con solo dar una ojeada á la historia quedarás plenamente convencido de esta tan notoria como triste verdad. Un Eutiques, hombre grande y acérrimo defensor de la fe católica, tiene la desgracia de leer una obra maniquea, y vele ya un heresiarca. Bardasano, cuya piedad y celo era la admiracion de su siglo, por haber leído algunos escritos de la secta de los Valentinianos, se pervirtió y cayó en la herejía. Bullinguer, hombre sábio y piadoso, mientras se preparaba para recibir el hábito de la Cartuja, lee un solo libro de Melancton, y queda hecho un hereje, un apóstata. ¿Qué te diré del presbítero Avito? Leía este las obras de Origenes con la refutacion al lado, y además prevenido con los avisos de san Jerónimo; y sin embargo no supo preservarse el incauto sacerdote del veneno de aquella lectura. Si así bambolean y caen las columnas del firmamento, ¿no temerémos nosotros, débiles é ignorantes como somos? Léjos, léjos, hijo mio, los libros ponzoñosos; aunque estemos tan prenda-

dos de su estilo, encuadernacion, láminas ó valor, que el desprendernos de ellos sea arrancarnos un ojo, ó cortarnos un pié ó una mano, echémoslos al fuego; sí, del fuego han de ser pábulo, como lo son sus autores.

7. Los ejemplares de la Biblia en lengua vulgar y sin notas, que con tanta profusion y casi de balde han esparcido por todas partes, y en especial en nuestro suelo los Protestantes, á cuenta de las llamadas sociedades bíblicas de Inglaterra, deben ser sospechosos. El mero hecho de haberlas así expendido ya prueba una intencion depravada; porque el poner traducidos en manos de los fieles los sagrados Libros sin las interpretaciones de los santos Padres y declaraciones de la Iglesia, que es el fundamento y columna de la verdad, es dar paso á que cada uno, interpretándolos á su talento, se forje mil errores, y empape en ellos á las almas sencillas. Clamen cuanto quieran los Protestantes en defensa de su favorito *espíritu privado*: ellos discurren de la fe á lo natural, y confundiendo luces con luces, sacan una fe al revés, y tan atravesada como sus almas. Dejémos de enredos y vayamos consiguientes. La luz de la revelacion no nace con nosotros, ni viene de arriba mediante la naturaleza, sino mediante una mision extraordinaria, y por consiguiente necesita medios y modos especiales de comunicarse; necesita maestros que la enseñen, jueces que discernan la verdadera revelacion de la aparente ó fingida, y una potestad, digámoslo así, *docente*, un tribunal científico, un magisterio, una infinidad de cosas que solo la voluntad del legislador puede determi-

nar, y que á la naturaleza, por mas que se em-
pine, no le toca ni le atañe resolver. ¡Ay de los
profetas insipientes, decia Dios por Ezequiel
(xiii, 2), que siguen su espíritu! Insipientes son
los falsos profetas que siguen su espíritu propio;
solo son sábios aquellos que siguen el espíritu de
Dios, esto es, el espíritu de los Pastores y Doc-
tores de la Iglesia, á quienes es dado penetrar
el verdadero y legítimo sentido de la palabra de
Dios. Jesucristo prometió que el Espíritu Santo
vendría despues de su ascension al cielo, no so-
bre hombres particulares, sino sobre sus Após-
toles, y sobre los legítimos sucesores de estos;
que á ellos enseñaría toda verdad; y que sobre
los mismos permanecería eternamente; por esto
les fue dado este divino Espíritu, no estando los
unos separados de los otros, sino reunidos en el
cenáculo de Jerusalem; no ocultamente, sino vi-
niendo de repente un estruendo del cielo. Cual-
quiera, pues, que habla por su espíritu privado,
habla no por el espíritu de Dios, sino por el es-
píritu del diablo, el cual cuando habla mentira,
habla de suyo, porque es mentiroso y padre de
la mentira. (Joan. vii, 44). Muchas otras razo-
nes á cual mas convincentes podria yo añadir;
pero valga por todas lo que dijo y escribió el
apóstol san Pedro: Habeis de entender ante todo
que toda profecía de la Escritura no se hace por
propia interpretacion, porque en ningun tiempo
fue dada la profecía por voluntad de hombre:
mas los hombres santos de Dios hablaron siendo
inspirados del Espíritu Santo. (II Petr. i, 20, 21).

BOCA TERCERA.

Espectáculos y comedias.

1. ¡Cuán cierto es, hijo mio, que llevamos
el tesoro de la gracia en vasos quebradizos, pues
que con mucha facilidad podemos perderla! Nues-
tro comun adversario el diablo se aprovecha de
esta coyuntura, y anda como leon rugiente bus-
cando á quien tragar. Se vale de todos los me-
dios, y sabiendo que la muerte del alma, esto es
el pecado, entra por las ventanas, que son los
sentidos, en especial el de la vista, ha encontra-
do el modo de abrirlas, digámoslo así, todas
juntas en los espectáculos y comedias. ¡Qué es-
collos estos dos para la inocencia! ¡Con cuánta
cautela es necesario que vayas! Guárdate, quan-
to puedas, de los espectáculos y comedias. Yo no
te diré que peques siempre asistiendo á tales di-
versiones; pero sí te puedo asegurar, que son
grandes y muy grandes los peligros que aquí
puede correr tu alma. Tertuliano para manifes-
tar los enredos solamente de los espectáculos, em-
pleó un libro entero. ¡Oh qué cosas dice de ellos!
Entre otras cosas me acuerdo haber leído que
cuenta el caso siguiente: Una mujer en cierta
ocasion habiendo ido á los espectáculos, quedó
poseida del demonio; y acudiendo ella á los exor-
cismos, que cuando conviene usa la Iglesia, re-
spondió el maligno al que la exorcizaba: *In meo
eam inveni*; como si dijera el demonio: ¿Por qué
me exorcizas y mandas salir? si yo he entrado en
el cuerpo de esta mujer, es porque la encontré en
terreno y lugar mio. Son estos lugares muy á pro-